



## Las Inteligencias Múltiples de Howard Gardner aplicadas a la vida y obra de Juan Gossain como periodista excepcional

**Oscar Durán Ibatá**

Universidad Jorge Tadeo Lozano

[oscar.mauricio.duran@hotmail.com](mailto:oscar.mauricio.duran@hotmail.com)

**Alberto Martínez Monterrosa**

Universidad del Norte

[alemam@hotmail.com](mailto:alemam@hotmail.com)

### Resumen

El siguiente estudio recoge el desarrollo y las conclusiones de la Tesis de Maestría<sup>1</sup> que considera, desde la mirada cognitiva del psicólogo Howard Gardner, autor de la teoría de las Inteligencias Múltiples, la vida y obra del periodista y escritor Juan Gossain. Se escogieron como herramientas la entrevista semi-estructurada, el análisis de contenido de obras seleccionadas y la historia de vida; todo lo cual permitirá, como en efecto lo hizo, una relación cercana entre los investigadores y el sujeto de estudio. Con ello buscamos develar las condiciones excepcionales inferidas en un principio, a la luz de la inquietud principal que jalona la tarea: encontrar las relaciones de estructura, dinámica y evolución que subyacen en Juan Gossain como periodista excepcional.

**Palabras clave:** Inteligencias múltiples, excepcionalidad, periodismo, ámbito, campo.

### Abstract

The following study includes de development and findings of the Master's Degree Thesis which considers, from the perspective of cognitive psychologist Howard Gardner, author of the Multiple

---

<sup>1</sup> Maestría en Educación, Universidad del Norte. Sobre la misma fueron publicados los siguientes avances preliminares:

[http://www.uninorte.edu.co/observatorio\\_medios/documentos/Juan.pdf](http://www.uninorte.edu.co/observatorio_medios/documentos/Juan.pdf) y

<http://www.javeriana.edu.co/felafacs2006/mesa10/documents/martinezyduran.pdf>

Intelligences' theory, the life and work of journalist and writer Juan Gossaín. The chosen tools were the semi-structured interview, content analysis of selected work and the life history; all of which will, as indeed it did, a close relationship between researchers and the subject of study. These seek to uncover the exceptional conditions inferred at the beginning, in light of the main concern that marks out the task: find the relations of structure, dynamics and evolution underlying Juan Gossaín as an exceptional journalist.

**Keywords:** Exceptionality, journalism, multiple intelligences, ambit, camp (or sphere).

### Índice temático

[Introducción](#)

[Un oficio de románticos influyentes](#)

[En busca de la excepcionalidad](#)

[Inteligencias y excepciones de Juan Gossaín](#)

[Las inteligencias de Juan Gossaín](#)

[Conclusiones](#)

[Referencias](#)

OPCION: CLICK DIRECTO A CADA CAPITULO

## Introducción

Esta investigación es el resultado de varias coincidencias académicas. Tras haber contribuido a la formación de algunas generaciones de periodistas, los autores habíamos sospechado la necesidad de revisar los esquemas de enseñanza que seguíamos, pues, con propuestas rígidas y operacionales podríamos estar evitando el despliegue de creatividad natural de los estudiantes de esta disciplina. La intuición se iba haciendo cada vez más evidente, en la medida en que avanzaba nuestro camino enriquecedor por los contenidos programáticos de la Maestría en Educación de la Universidad del Norte, a la que le habíamos confiado las expectativas. En este trance conocimos los postulados de la iniciativa del psicólogo norteamericano Howard Gardner, que rescataban una diversa gama de inteligencias en los individuos y, más allá de las convenciones, sugerían distintas maneras de acopiar conocimiento. La inquietud y la propuesta compartían intereses, y puestos ellos en una perspectiva de análisis, estarían a punto de generar respuestas válidas.

Empezó, entonces, la exploración. El personaje que nos propusimos como sujeto de estudio fue, a la hora de indagar otra concurrencia (periodismo y educación) el más obvio e interesante de todos. El escritor caribeño Juan Gossáin Abdala era ya un modelo para las nuevas generaciones de comunicadores, que seguían su obra desde los salones de clase, a instancias de las tareas de formación o de la dinámica misma del compromiso personal con el proceso. Lo que sabíamos de él era elocuente: había nacido en el año 1949, en la población de San Bernardo del Viento, Córdoba, y desde edad muy temprana empezó a tener inquietudes por lo que más tarde llegaría ser su profesión. De hecho, a los 3 años conoció los cuentos de las Mil y una noches, a los 5 empezó a teclear una máquina de escribir, a los 8 fundó su primer periódico, a los 10 conoció a Joseph Conrad y se enamoró de los escritores clásicos, a los 13 dictó su primera conferencia, a los 14 escribió los primeros poemas y cuentos, a los 15 empezó a corregir diccionarios. Con el tiempo, más adulto, escribió tres novelas, tres libros de cuentos y dos compendios de crónicas periodísticas. Se mantuvo como director de noticias de una de las más prestigiosas cadenas radiales del país durante tres décadas y media y fue escogido como miembro de la Academia Colombiana de la Lengua española.

De manera que lo buscamos, le propusimos la idea de compartir su experiencia en un escenario como el que se derivaría de la investigación y generosamente aceptó. No reparó en ninguna pregunta y ofreció en cambio, todas las respuestas. Todo lo que se le pidió, en el marco del

respeto y la distancia, fue concedido. Y sus familiares, amigos, colegas y tutores, estuvieron siempre dispuestos para este trabajo.

Sería un estudio interpretativo de caso -el de Juan Gossaín como periodista excepcional- y se inscribiría dentro de la investigación cualitativa, toda vez que buscaríamos, con preferencia, descubrir y explicar elementos, situaciones y procesos no establecidos previamente, e intentaríamos interpretarlo en su propio contexto de inserción, vale decir, tomando en cuenta diferentes puntos de vista alrededor del personaje analizado y triangulando los hallazgos en procura de consensos y disensos posibles que reflejarían, a su vez, en la forma más completa y profunda, la multiplicidad de dimensiones del sujeto (André, 1984: 51-54. En: ICFES, 1988: 95-96).

Las inquietudes orientadoras que, a la postre, estarían en permanente revisión en la medida en que nos íbamos topando con los hallazgos, proponían descubrir cuáles eran las inteligencias de Juan Gossaín como periodista; cómo lo veían su familia, sus mentores y sus colegas, y en qué escenarios válidos se desarrolló su creatividad. Encontramos, inclusive, preguntas más allá: ¿Es suficiente escribir bien para ser un buen periodista? ¿Cómo se descubre la vocación en el periodismo? ¿Podía, su caso, servir de modelo en procesos de formación en periodismo?

En una primera entrevista, entonces, le presentamos la intención de la investigación y logramos una aproximación a los rasgos de su vida, que a la postre buscaba definir derroteros de la búsqueda, siempre en función de los interrogantes orientadores. En el siguiente contacto confrontamos al personaje con los hallazgos de las entrevistas que siguieron al primer encuentro, lo cual permitió, por un lado, validar la información obtenida entre los profesores del colegio y sus amigos de infancia y, por el otro, seguir definiendo caminos. Ahí, por ejemplo, resultó claro que sería necesario explorar su vida desde la perspectiva de los vecinos y familiares en San Bernardo del Viento y de sus hermanas en Bogotá.

La información obtenida en esa inmersión coincidió con la propuesta de Gardner, en el sentido de sopesar al personaje en su ámbito natural. Con esos elementos realizamos una cuarta entrevista que permitió aplicar el protocolo sugerido por el autor de las inteligencias múltiples para descubrir el “buen trabajo” de un periodista. En ese momento se evidenció que faltaba, dentro de la investigación, un período definitivo en su formación, que fue justamente su paso por el periódico El Heraldo, de Barranquilla. Con los nuevos referentes, se buscó un quinto y definitivo encuentro, en el

que se le presentó la historia de vida y los principales hallazgos de la investigación, la mayoría de las cuales fueron aceptadas y validadas por él.

Los diálogos, en general, respetaron las ideas y contextos de cada caso. El carácter cualitativo de este tipo de enfoque abrió la oportunidad de explorar de manera no esquematizada, aunque sí sistemática, los aspectos que, según los personajes, rodeaban la vida y obra de Gossain. Bajo estos parámetros hicimos las consultas a profesores del colegio La Esperanza, compañeros de clase, vecinos de infancia, familiares en Cartagena, San Bernardo del Viento y Bogotá, al igual que a los colegas, jefes y mentores en la ciudades que conocieron su trabajo, todos los cuales fueron contactados bajo el mecanismo de *bola de nieve*, en cuyo marco, un referido iba dando cuenta de otro.

La investigación hizo también un rastreo e inventario de los artículos periodísticos escritos por Gossain. En una segunda etapa se hizo, pues, una clasificación de los documentos encontrados, con el objetivo de tener una muestra cualitativa -no representativa- de los distintos momentos de una obra periodística, que puede tener alrededor de 3.000 artículos publicados, según nuestras cuentas. Así, en la tercera fase se analizaron los textos correspondientes a sus inicios en San Bernardo, El Espectador, El Heraldo, Cromos y, finalmente sus colaboraciones ocasionales en la revista Soho, con el cuidado de excluir escritos de corte puramente literario, pues la aproximación que nos fijamos estaba direccionada al trabajo periodístico escrito. En la cuarta etapa se realizó una lectura en profundidad al contenido de los documentos seleccionados, de los cuales se extrajeron elementos de análisis que se consignaron en formatos para interpretar los patrones, tendencias, convergencias y contradicciones que dieran cuenta del contexto y significado de los escritos. Y finalmente se hizo la lectura cruzada y comparativa de estos textos con los hallazgos generales de la investigación.

El lector podrá ver aquí un proceso circular que se fue retroalimentando constantemente, de la mano de las declaraciones de las fuentes de información y principalmente del sujeto principal de estudio. La dinámica, demandó empezar constantemente, en procura de otras historias y visiones que, al final, permitieran hacer un cierre completo del personaje y su esencia.

Con la definición de la situación-problema alrededor de las inteligencias múltiples de un sujeto con respeto en el periodismo, el proceso partió de la sospecha ya conocida, que se iría ratificando en la marcha: Juan Gossain Abdala es un periodista excepcional. Aun así, las entrevistas se encargarían de precisar cómo se expresaba esa excepcionalidad en el personaje e identificarían las

competencias propias en el periodista y sus habilidades básicas o modulares. De nuevo, la constante búsqueda de estas excepcionalidades permitiría, en un futuro, considerar una ruta de orientación pedagógica para los estudiantes de periodismo. En este sentido nunca se fraccionaron las etapas de diseño y gestión; por el contrario, éste fue un proceso cíclico y continuo de permanente contrastación de datos.

La recolección y organización de datos en los escenarios donde se desarrolló el sujeto de la investigación se cumplió entre los años 2005 y 2007. En este horizonte completamos doce horas de entrevistas con el periodista Juan Gossaín, en cinco encuentros realizados en las ciudades de Cartagena, Barranquilla y Bogotá, en diferentes escenarios y contextos (sitio de trabajo, residencia, escenarios sociales y espacios académicos). Durante este periodo nos encontramos con amigos, familiares y colegas, en busca de las pistas que permitieran un acercamiento a las calidades del personaje. Del mismo modo visitamos los lugares en los cuales Juan Gossaín permaneció durante etapas determinantes de su vida (Hogares de amigos y familiares, colegio La Esperanza, periódico El Espectador, RCN Radio, Caracol radio, El Herald) y consultamos con rigor más de treinta textos, entre los muchos que escribió, durante los primeros años de experiencia profesional. La recolección de información se realizó bajo un seguimiento minucioso durante los encuentros con el periodista, su ámbito, su campo y sus círculos sociales y familiares, los cuales hicieron posible la validación de las interpretaciones sobre la realidad observada y escuchada. Sin embargo, el proceso se reorientó, como ya hemos dicho, en función de las respuestas, a partir de las remisiones que hicieron en cada caso las fuentes consultadas.

Los patrones que organizan los hallazgos, se completaron después de hablar con el personaje, dialogar con amigos, familiares y colegas, y revisar su obra. Se pusieron, todos, en perspectiva de acuerdo a los rasgos de su inteligencia, experticia y excepcionalidad. Las tareas buscaban explicar el crecimiento personal y profesional que experimentó a lo largo del período de vida analizado el periodista Juan Gossaín; identificar los factores que relacionaran lo ordinario y lo extraordinario de sus capacidades cognitivas, y así hallar comprensiones profundas en su vida y en su obra que pudieran enseñar a los jóvenes periodistas a tener una vida más productiva y satisfactoria. En todos los casos fue preciso actualizar permanentemente los patrones, pues cada experiencia exigía ajustar las subcategorías organizadas.

Al final se hizo el planteamiento de proposiciones. Como lo sugirió Gardner al estudiar cualitativamente cada personaje como caso único (Freud, Wolf, Gandhi y Mozart, entre otros) la idea final del trabajo era encontrar experiencias de vida que pudieran servir de lección para las nuevas generaciones del periodismo, confirmando el fundamento según el cual, la excepcionalidad nunca es propiedad de una única persona u obra. Y en la medida que se iban dando, estos descubrimientos llevaron, de nuevo, a la situación-problema, lo que permitió iniciar de nuevo el recorrido y confirmar el carácter cíclico de la investigación.

El interés del estudio se concentró -advertimos- sólo en las condiciones y ambientes de formación de Juan Gossaín y en su obra periodística escrita, que tiene un horizonte de 20 años, los primeros de su actividad profesional y definitivos de su vida, si aceptábamos, como lo hicimos, la consigna del mismo Gossaín, según la cual “todo lo que uno tiene que aprender en la vida, lo aprende durante los primeros veinte años”. No contemplamos, por lo tanto, sus ejecutorias en periodismo radial o en literatura, que sin bien fueron referenciadas a lo largo de la investigación, se salían del marco cognitivo propuesto.

Todo este cometido se alentó con la visita que hizo Howard Gardner en octubre del año 2005 a la ciudad de Bogotá, justamente cuando publicaba, al lado de otros autores, su libro Buen trabajo, que incluye una perspectiva ética y moral del periodismo, una de las dos profesiones más influyentes del siglo XXI, según su concepto. Cuando lo entrevistamos nos dio luces concluyentes sobre nuestro enfoque:

Un estudio de esta naturaleza tiene que ser abordado desde el respeto. Uno se gana el respeto siendo un reportero escrupuloso, procurando ser lo más justo y objetivo posible, y cuando comete un error lo reconoce y luego procura no volver a cometerlo, y esto se relaciona no con la inteligencia sino con el carácter y la personalidad. Rupert Murdoch, por ejemplo, tiene unas destrezas y habilidades en el mundo del reportaje, extraordinarias, pero yo siento cero respeto por él. En términos genéricos, un periodista no aprende a ser un buen reportero sin que personas más competentes les sirvan de modelo a seguir y le den retroalimentación, pues de lo contrario va a repetir una y otra vez los mismos errores; el buen reportero necesita tener la capacidad de establecer relaciones con los demás, aprender a ser seguro y a no aceptar todo lo que le dicen. Pero estoy hablando en términos genéricos, porque una vez identifica un tema que le interesa reportar, debe desarrollar la inteligencia indicada.

Invitado por la Universidad del Norte, Gardner estuvo en Barranquilla en septiembre del año 2008 cuando ya la investigación estaba concluyendo, pero sus siempre atinadas reflexiones nos permitieron ajustar los marcos de referencia del trabajo. Sólo después de este segundo encuentro pudimos declarar el cierre formal del proceso que empezó tres años atrás y someter los resultados a la evaluación de expertos como los doctores Carlos Sandoval Casilimas, profesor-investigador de la Universidad de Antioquia y Marina Llanos y Marco Cervantes, profesores del Departamento de Psicología de la Universidad del Norte, a quienes agradecemos sus atinadas y enriquecedoras observaciones.

Los resultados están en las siguientes páginas. En ellas se registra la memoria de una travesía por las capacidades de uno de los más reconocidos periodistas de Colombia, a partir una lectura cognitiva que creemos rigurosa, de sus competencias y habilidades, siempre en espera de luces que despejaran las inquietudes del profesorado en la escuela del periodismo.

### **Un oficio de románticos influyentes**

La obra creadora de un individuo surge de su particular relación con el mundo objetivo de su trabajo (Gardner, 1995: 27). Y en esa relación, va construyendo lazos de aprendizaje y legado, que podrían convertirlo en un ser trascendente para la sociedad. Cuando lo logra, como lo han hecho numerosos maestros en la ciencia, las artes, las letras, se convierte en sujeto de estudio y las investigaciones sobre su obra bien podrían dejar lecciones para la humanidad.

En esos casos, la investigación obtiene mejores resultados si se centran las historias particulares de los personajes y los modos en que interactúan, teniendo en cuenta que la historia es contingente: ningún espíritu ha determinado de antemano lo que acontecerá. (Gardner, 1995: 32). Gardner, de hecho, aborda a los suyos a través de la biografía, que entiende como un examen detenido de los períodos de vida del sujeto en el que los entendidos y las instituciones correspondientes, conceptualizan y juzgan. Sin embargo, pretende:

[...] ir más allá de una simple concatenación de biografías particulares, mediante la búsqueda de características comunes y la iluminación de diferencias a través de una pequeña serie de casos instructivos. Por lo que respecta a los elementos básicos... los estudios de Einstein y Picasso se centran en la relación entre el niño y el maestro; los estudios de Freud, Stravinsky y Gandhi, en la relación entre el creador y otros individuo; y los estudios de Eliot y Graham, en la posición marginal



de los creadores con respecto a los campos y ámbitos en los que trabajan.  
(Gardner, 1995: 30).

El mismo Freud, en sus estudios sobre el desarrollo infantil, se declaró impresionado por los paralelos entre el niño que juega, el adulto soñador y el artista creativo: ¿No podríamos decir que cada niño que juega se comporta como un escritor creativo, en cuanto a que crea un mundo propio o, mejor, reorganiza las cosas de este mundo en un modo nuevo que le agrada? El escritor creativo hace lo mismo que el niño que juega. Crea un mundo de fantasía –es decir, que reviste de gran cantidad de emoción- al tiempo que lo separa nítidamente de la realidad (Freud, 1959: 143-144. En: Gardner, 1995: 43).

Pero ¿por qué estudiar unas vidas en particular? La pregunta viene agitando los debates sobre el alcance de las ciencias, desde el siglo XIX. Dilthey (1883) se había percatado de que los postulados positivistas reducían el espíritu a la materia y trataban al mundo humano como una subordinación inadmisibles. Las ciencias de la naturaleza -dijo- son explicativas y las del espíritu, comprensivas. De optar por este último enfoque, el trabajo no consistiría en dominar sino en comprender. ¿Cómo? Justamente a partir de vivencia, que no es sólo un acto de representación del objeto sino sentimiento y voluntad. La vivencia, según Dilthey, le da entrada al hombre al mundo humano.

“En ese mundo espiritual que actúa en él de modo autónomo, reside todo valor, toda finalidad de la vida [...]”. El problema radica en que “el mundo humano no es individual y mucho menos aislado de las relaciones sociales, pues el sujeto que lo representa está en el entramado de las relaciones sociales (ni la sociedad es antes del individuo, ni éste antes de la sociedad). (Ferro, 2008).

De esta manera, la existencia del hombre es por sobre todo coexistencia, lo que ahora plantea la necesidad de objetivar su comprensión. Así llega a proponer una metodología para el estudio de la realidad humana, basada en la historia, a la que Dilthey declara, casi con admiración pasional, “técnica ejemplar [...] difícil y bella”. Sin ella, se correría el riesgo de aceptar el conocimiento y el entendimiento como fenómenos parciales. “Lo que soporta la construcción del mundo histórico no son los hechos ganados por la experiencia e incluidos luego en una referencia valorativa, sino que su base es más bien la historicidad interna propia de la misma experiencia [...] Su modelo no es la constatación de hechos sino la peculiar fusión de recuerdo y expectativa en un todo que llamamos

experiencia” (Ferro, 2008), sobre el principio concluyente de que el mundo no existe en ninguna parte más que en la representación de sus individuos. Pues la singularidad de éstos, que “actúa en cualquier punto del inmenso cosmos espiritual, puede investigarse [...] en sus elementos constitutivos particulares, mediante los cuales solamente se la conoce en su plena significación”. Entonces, “siendo ciencia, la tarea son los hechos espirituales tal como se han desarrollado históricamente en la humanidad” (Dilthey, 1883: 49).

Pero, además de historia -quien la indaga es el mismo que la hace- el hombre es naturaleza, en cuyo proceso, que únicamente existe para él, busca sus medios en el contexto del ambiente. La misma aceptación de su dimensión trascendente, lo corrobora. Es decir, el hombre depende de su circunstancia histórica pero al mismo tiempo busca dominar su entorno a través del conocimiento, lo que lleva a Dilthey a declarar: “Una exclusión de los hechos del espíritu del contexto de la materia, de sus propiedades y leyes, supondrá siempre una contradicción que aparece entre las relaciones de los hechos de una esfera y las de los hechos de la otra [...]” (Dilthey, 1883: 50).

La historia de vida y la biografía, pues, revelan una importancia capital para el investigador, como quiera que recogen experiencias sintomáticas de saberes sociales. “Por el mismo contexto en el que surgen, no son estrictamente individuales. Son la articulación personal de (y frente a) aquella forma de racionalización o de explicación del cambio social que tenía las características de ser universal y unidireccional. Y cuyo sujeto postulado era un sujeto universal. Aquel sujeto en posición autónoma, racionalizadora y universal que inventó Kant, o que inventó la Ilustración” (Delgado y Gutiérrez, 1999: 261).

De otra manera habría que preguntar: ¿El habitante de una ciudad, pueblo o vereda es un ente abstracto? Pues al hacer uso de cada uno de los espacios que su entorno ofrece (familia, vecindad, medios de transporte, plazas, universidad, sitio de trabajo), el sujeto va articulando relaciones que lo convierten en un ciudadano de mundo. De ese mundo. Y en tal condición es el reflejo de unas experiencias que podrían no ser representativas desde el paradigma cuantitativo, pero sí poseer cualidades profundas que connotan verdad.

Walter Benjamín (1991) le llamó “uno de los indagadores sociales más perspicaces del discurso social y su crisis”. Y Cristina Santamarina y José Miguel Marinas (En: Delgado y Gutiérrez, 1999: 259) lo denominaron el *síntoma biográfico*, en tanto muestran lo peculiar, ejemplar y social que tienen los sujetos de estudio:

La aplicación de la historia de vida como perspectiva en la que convergen distintas disciplinas y tradiciones de investigación, requiere, por consiguiente, la atención al contexto concreto: cómo son las formas de intercambio y circulación de la memoria y de las experiencias en el interior de la cultura mediática, del espectáculo o de la dominación. Cultura ésta que reinventa la figura supuestamente universal de los receptores, de los segmentos de los públicos. Por eso cada trabajo concreto de historia oral implica considerar la forma concreta de la tensión entre las historias particulares y la Historia entendida de forma universal. La representación de la colectividad se hace de las leyes generales de cambio y la percepción y elaboración particular de los cambios sociales y culturales. (Santamarina y Marinas, En: Delgado y Gutiérrez, 1999: 259).

Gardner, inclusive, cree que uno de los grandes paradigmas en las ciencias naturales y del comportamiento, que justamente empezaría a superarse con este abordaje, es que “se han interesado más en los patrones que puedan detectarse en la mayoría de nosotros que en las regularidades que pueden distinguir a algún individuo de otro” (Gardner, 2000: 14). El mismo sistema educativo -agrega- dedica incomparablemente más recursos a los que tienen problemas de aprendizaje que a aquellas personas que están dotadas de talentos especiales.

Cuando mucho, los científicos se detienen en las hazañas de unas cuantas personas y se ciegan a los logros de quienes no son tan conocidos. Y con toda probabilidad, por cada William Butler Yeats o Mari Curie que hacen un hueco en las enciclopedias, existen personas de potencial equivalente –y tal vez incluso de logros significativos- que, por una razón u otra, permanecen anónimos. Son personas que aprenden fácilmente varias lenguas, reconocen centenares de personas con sólo mirarlas a la cara, recuerdan con precisión acontecimientos del pasado, memorizan una serie innumerable de dígitos. El asunto es que en todas las épocas (apenas) un minúsculo porcentaje de individuo sobresale en virtud de sus logros creativos. (Gardner, 2000: 15-16)

Howard Gardner nació en Pennsylvania, pero se radicó por más de cuarenta años en Harvard, donde aún hoy oficia como profesor de psicología. La mitad de esa estancia la dedicó a observar a adultos y niños con limitaciones intelectuales, valiéndose de antecedentes como el de Pierre P. Broca, que relacionaron las lesiones cerebrales en áreas específicas con deterioros cognoscitivos específicos, lo que permitió, a su vez, descomponer la diversidad de habilidades o capacidades intelectuales humanas. En 1983 expuso su teoría de las inteligencias múltiples, que en esencia reconoce que en cada ser humano existen por lo menos ocho inteligencias. El mundo científico se

declaró sorprendido, pues las lesiones cerebrales aportaban un nuevo conocimiento a la ciencia cognitiva.

Para encontrar a esas personas extraordinarias, el psicólogo se apartó de la “Escala de miembros aparte” o la convicción de que las personas extraordinarias son especies aparte. Tampoco se puede aceptar sin reservas el “Caribdis de la indistinguibilidad” o la creencia de que las personas extraordinarias no son distinguibles del resto en algún aspecto concreto. De otra forma, las personas extraordinarias “están hechas de las mismas piezas que los demás; pero, una vez formadas, ya no permanecen anónimas en medio del proverbial ‘hombre -o mujer- de la calle’. Pues, ninguna línea divisoria absoluta separa lo ordinario de lo extraordinario” (Gardner, 2000: 15).

Hechas estas precisiones, surge la pregunta: ¿Cómo escoger válidamente a los sujetos de estudio? A la luz de la misma perspectiva se requiere de la confluencia de tres elementos para la escogencia: uno, que su obra justifique la investigación, esto es, que perfile trascendencia en el contexto en que se desenvuelve el personaje; dos, que exista información suficiente acerca de estos individuos para que puedan examinarse sus procesos creativos y sus resultados intermedios; y tres, que haya pasado un tiempo suficiente, para que se asienten los juicios acerca de la calidad e importancia del avance de cada uno (Gardner, 1995: 31). Un cuarto requisito, que en el caso de Gardner no fue primordial porque, salvo un caso, todos los sujetos de análisis habían fallecido, es que el personaje se deje estudiar, es decir, que esté dispuesto para el investigador e, inclusive, coadyuve su búsqueda.

Juan Gossain Abdala reunía todas esas condiciones. En primer lugar tuvo que aprender a ser periodista en el patio de su casa, en las aulas de los colegios y en las propias salas de redacción, lo que le daba a su proceso de aprendizaje unas condiciones singulares dignas de ser estudiadas. Las destrezas de las que hacía gala, en efecto, se habían moldeado antes de que conociera el teclado de las máquinas de escribir y los linotipos de la impresión en caliente. Con todo, su talante de periodista se había consolidado plenamente entre las audiencias, en tanto su obra era reconocida por varias generaciones y las más jóvenes la veían como un referente obligado de inspiración y emulación. A su alrededor existían personas -amigos, familiares y colegas- que, al lado de sus propios textos, podían dar fe de la trayectoria profesional. Y llevaba casi cuatro décadas haciendo periodismo. Cuando los autores de este estudio le propusieron abrir las páginas de su vida, aceptó con no pocos aspasientos. “Aunque suene a lugar común, mi vida es un libro abierto”, nos dijo. Pero

necesitábamos más que leer unas páginas: había que escudriñar las historias y los personajes de esos relatos. Todo estaba dado, entonces, para iniciar.

Ahora bien: ¿Por qué periodismo? Hagamos memoria: En los primeros días del periodismo colombiano, los que querían dedicarse al oficio, aprendían...

[...] en las salas de redacción, en los talleres de imprenta, en el cafetín de enfrente, en las parrandas de los viernes. Todo el periódico era una fábrica que formaba e informaba sin equívocos, y generaba opinión dentro de un ambiente de participación que mantenía la moral en su puesto, pues los periodistas andábamos siempre juntos, hacíamos vida común, y éramos tan fanáticos del oficio que no hablábamos de nada distinto que del oficio mismo. El trabajo llevaba consigo una amistad de grupo que inclusive dejaba poco margen para la vida privada. No existían las juntas de redacción institucionales, pero a las cinco de la tarde, sin convocatoria oficial, todo el personal de planta hacía una pausa de respiro en las tensiones del día y confluía a tomar el café en cualquier lugar de la redacción. Era una tertulia abierta donde se discutían en caliente los temas de cada sección y se le daban los toques finales a la edición de mañana. Los que no aprendían en aquellas cátedras ambulatorias y apasionadas de veinticuatro horas diarias, o los que se aburrían de tanto hablar de los mismo, era porque querían o creían ser periodistas, pero en realidad no lo eran. (García Márquez, 1996: 1)

El primer periódico colombiano, Papel periódico de la Ciudad de Santafé, empezó a circular el 9 de febrero de 1791. Desde entonces circularon en el país alrededor de 1.500 títulos. La radiodifusión colombiana empezó en la década de 1920 cuando surgieron pequeños grupos de radioescuchas en las principales ciudades del país. La televisión, por su parte, nació el 13 de junio de 1954 bajo el gobierno del General Gustavo Rojas Pinilla, con una emisión propagandística desde el Palacio Presidencial.

Las facultades de comunicación sólo surgirían en los años 70, lo que implica que el periodismo empezó su historia de manera azarosa y el país hizo, de la misma manera, su tránsito de la cultura de masas a la cultura mediática. Pero al juntarse, las salas de redacción que describe el Nobel de literatura y las aulas de clase, coincidieron en los talentos del periodista.

De entrada, Gardner, Csikszentmihalyi y Amon (2001) sostienen que la mayor parte de la población mundial valora más la realidad que muestran los medios, que la que se conoce de primera mano, es decir los medios son determinantes destacados de cómo las personas atienden, interpretan y experimentan el mundo. La conclusión se deriva del estudio paralelo que hicieron entre periodismo y genética y que, en el caso, comportó cerca de 100 entrevistas a reconocidos

periodistas de Estados Unidos, entre los que se encontraban, por ejemplo, Bob Woodward y Carl Bernstein, los comunicadores que derrocaron al Presidente Richard Nixon; y Ben Bradley, el editor del periódico The Washington Post, que publicó los informes.

Esa importancia, que la tradición democrática de occidente ha convalidado en todos los tiempos -Thomas Jefferson sentenció alguna vez que si le “fuese dado decidir si debemos tener un gobierno sin prensa o una prensa sin gobierno, no dudaría un momento en preferir lo último”- la recogió la Constitución de Colombia al elevar a la condición de derecho fundamental, la libertad de información y de prensa y proteger especialmente, como no lo hace con otra, la profesión del periodista.

El hacer periodístico es, en tales condiciones, no sólo el resultado de una reflexión y una deliberación previas a la resolución de informar u orientar y explicar o dejar explicar, sino el fruto de un compromiso, en función del deber ser axiológico, con valores sociales de la jerarquía de justicia, libertad y paz, puesto que las actividades de informar y opinar en ejercicio del derecho a la información suponen un acto libre de justicia distributiva por medio del cual se contribuye al pacífico desenvolvimiento de la vida social (García, 1997: 19)

Al amparo de las inferencias y del marco político, cada ciudad en Colombia dispone, en promedio, de dos periódicos, mientras cada uno de los casi 30 operadores de cable ofrece entre 80 y 100 canales internacionales de televisión, la televisión pública dispone de ocho canales nacionales, siete regionales y un centenar de locales y/o comunitarios, y el sistema radial permite escuchar cerca de 1.500 emisoras. Pero “vivimos hoy desconcertantes paradojas: por un lado somos testigos de la abundancia comunicativa, la amplia disponibilidad de información y la explosión de imágenes y, por el otro, de un deterioro de la educación formal, un empobrecimiento de la experiencia y un debilitamiento de lo público, entendido como espacio de participación activa de la ciudadanía” (Barbero y Rey, 1999: 155-156).

La extensa literatura que se ha producido sobre el tema, casi llega a consenso sobre las maneras como el periodista debe sobreponerse a esas y otras amenazas que hay sobre la profesión y -si se acepta la tradición- también a la propia democracia.

Ha de insistirse en el perfil del periodista como profesional que necesita estar dotado de una sólida formación humanística y de unos criterios valorativos que lo acrediten para la búsqueda de la aproximación a la verdad –otro valor fundamental-

y le asignen credibilidad en el medio social”. Desde este supuesto, el periodismo se asume como “un pensar. (García, 1997: 19-20)

Los analistas también están de acuerdo sobre el valor del dominio de la palabra. “El lenguaje es el instrumento de la inteligencia [...] (El periodista que) domine el lenguaje podrá acercarse mejor a sus semejantes, tendrá la oportunidad de enredarles en su mensaje, creará una realidad más apasionante incluso que la realidad misma” (Grijelmo, 1997: 21).

Gardner *et al.* (2001) enlistan la consulta y verificación permanente de los datos, la indagación persistente y obstinada, el compromiso ineludible con el contexto significativo y la interacción con un equipo informativo eficiente, como recetario para “adquirir la maestría en el dominio”.

Algunos, inclusive, aceptan el carácter romántico y aventurero del periodista, pero definen cualidades mínimas para quienes deseen dedicarse al oficio: vocación, cultura, ética, curiosidad, observación, claridad mental, discreción, sagacidad, memoria, entusiasmo, diligencia, mesura, responsabilidad, idiomas e iniciativa. Y los manuales de estilo escriben sus propios catálogos para sus reporteros: “Muestre, no diga [...] Verifíquelo usted mismo [...] Busque a los que saben [...] Sea paciente, persevere [...] Tenga siempre presente que en periodismo sólo existe lo que se puede demostrar [...] No escriba sobre lo que no sabe [...] Dude de todo [...] Cultive sus fuentes [...] Busque las palabras precisas [...] Sea obsesivo con el detalle [...]” (El Tiempo, 2005: 172).

Visto así, el periodismo, trasciende el mecánico concepto telegráfico de actividad transmisora, para instalarse en el sentido de la ciencia, es decir, “poner en común” o “participar en”. Y si comunicar es poner en común, cualquier proceso comunicativo presupone, simultáneamente, la existencia y la producción de un código compartido y de una diferencia, pues “según la calidad de la información que ofrezcan, los medios mejoran o adulteran los memes en los que confiamos a diario y que transmitimos a generaciones futuras. ¿Qué le ocurrirá a nuestras mentes y nuestra cultura si nuestros memes más esenciales se contaminan con diversos virus de falsas informaciones?” (Gardner, 2001: 151).

El asunto es que frente a la evolución de los medios y sus responsabilidades sociales, el periodista debe hacer gala de riqueza y actitud morales, de independencia irreductible y de libertad creativa. En esto, al menos, coinciden las reflexiones de los teóricos nacionales y extranjeros:

La versión más pura del periodista que consigue controlar su trabajo es la del que se inspira en unos códigos morales interiores que le ayudan a resistir las presiones ilegítimas y a mantenerse centrados en la misión de buscar la verdad.

Intencionalmente emplea estos códigos como formas de pensar o como hábitos mentales cultivados que actúan como una “voz interior” cautelosa. De este modo, puede evitar todos esos errores desastrosos asociados con los actos de omisión, es decir, los casos de connivencia con una tendencia que se pueda corromper (Gardner *et al.*, 2001: 212).

La otra pregunta es: ¿Son consecuentes las escuelas de formación con todas esas demandas? Los avances tecnológicos y el nuevo orden mundial, constituyen la urdimbre de escenarios donde las llamadas ciencias de la información o ciencias de la comunicación, han venido desarrollándose como resultado del encuentro entre las ciencias sociales (especialmente la lingüística y la semiótica), las humanidades, las artes y las tecnologías de la información. Se trata de un sistema de conocimientos que, en diálogo con otras disciplinas, configura el contenido de lo que ya puede llamarse comunicología: la ciencia que intenta explicar e interpretar los procesos comunicacionales en todas sus manifestaciones. El principio es acogido por los programas universitarios en comunicación e información, como quiera que “la comunicación debe ser comprendida más como un campo de conocimiento transdisciplinario que como una disciplina” (AFACOM, 2006: 76).

Habría que hacer la misma lectura sobre el periodismo, una de sus especializaciones. Las tres grandes tradiciones periodísticas en Occidente marcan el carácter de la enseñanza del periodismo: a la norteamericana se le atribuye la crónica escueta de hechos, la objetividad, el interés humano, la indagación profunda, cierta investigación y el escaso intelectualismo, con un estilo pragmático y efectista, espectacular, doméstico y de cuento individualizado; a la británica, por su parte, se la vincula, en su modelo de prensa seria que separa hechos de opiniones, con un estilo más sobrio; la escuela latina juega más con las palabras, es “más politizada y literaria que las otras dos” (Gómez, 1999: 11-12), con aportes como la crónica, más cercana a la literatura que a la especialización de la que se habla en Europa.

Esas tradiciones responden, a su vez, a tres modelos de enseñanza del periodismo. El de Estados Unidos, basado en el aprendizaje de técnicas, lenguajes y tecnologías, con mucho énfasis en la escritura periodística y en la conversión de las universidades en simulacros de redacciones periodísticas, incluso mediante convenios con distintas empresas periodísticas, junto a una gran preocupación por la investigación; el de Europa, con estudios más generalistas y cercanos a las ciencias humanas y sociales, lo que tendría que ver con que en este continente se “asignaban



funciones distintas al periodismo, en severo contraste con el pragmatismo norteamericano” (Gargurevich, 1997: 391), y el de América Latina, que aunque en un principio adoptó el modelo norteamericano, en las últimas décadas ha ligado el periodismo a los estudio sobre comunicación social, con énfasis en las teorías y los campos de esta disciplina.

En todos los casos, los procesos educativos en comunicación social y periodismo que no recojan la exigida formación humanística de los profesionales de la información y no revisen la libertaria capacidad cognitiva y creativa en función de las demandas del entorno, tienden a ser problemáticos. Y lo serían, primero, porque al no ser la comunicación una ciencia exacta (apenas un campo) la pretensión formativa no puede seguir esquemas rígidos porque esquematiza y operacionaliza la información.

El problema concierne, por igual, a la educación en comunicación y periodismo y, luego, a los actores sociales comprometidos (Institución educativa, familia, docentes, estudiantes y agente de contexto), todos los cuales conforman un sistema poco neutral, en el que los diferenciados estilos de aprendizaje y las diversas inteligencias o capacidades, reciben el mismo tratamiento. Mientras tanto, la capacidad de inventiva y creatividad siempre puesta de manifiesto, sólo esperaría ser activada por un estímulo, que bien podría ser la apelación a las inteligencias múltiples mediante procesos ordenados y sistematizados.

Para Howard Gardner (1994) es evidente que, “sabiendo lo que sabemos [...]” sobre estilos de aprendizaje, tipos de inteligencias y estilos de enseñanza, es absurdo insistir que todos los alumnos aprenden de la misma manera. Una inteligencia, desde ese lado, implica la capacidad de resolver problemas o elaborar productos que sean valiosos para un determinado contexto comunicativo o cultural. Y el aprendizaje, como un proceso socialmente mediado, basado, a su vez, en el conocimiento que exige un compromiso activo, sugiere como resultado un cambio en la comprensión.

Ese es el producto de un proceso mental activo y, por tanto, de construcción que exige motivación, esfuerzo, autoestima, autorregulación. Como producto, implica adquirir y ampliar las capacidades humanas, percibir relaciones significativas entre la nueva información y el conocimiento previo del estudiante, lo que, entonces, se opone al sistema tradicional y esquemático de la enseñanza.

Las implicaciones de la teoría de las inteligencias múltiples para la educación, pues, son claras: cuando se analiza la importancia de las diversas formas de pensamiento, los estadios de desenvolvimiento de varias inteligencias y la relación existente entre estadios de desarrollo y la adquisición de conocimientos a través de la cultura, se compromete a la educación a propiciar currículos específicos para cada área del saber y ambientes educacionales más variados.

Gardner mismo considera que cada ser humano tiene una combinación única de inteligencias. Si hay varias inteligencias también hay varios tipos de creatividad. Y si las inteligencias y las creatividades nacen con el individuo y se fortalecen o potencializan en el entorno, los contextos son escenarios válidos para la observación en este trabajo.

### **En busca de la excepcionalidad**

Desde la antigüedad se han hecho muchos esfuerzos por señalar y detallar las inteligencias esenciales, que van desde el trívio y cuadrívio medievales hasta la lista de cinco nodos de comunicación del psicólogo Larry Gross o la lista de siete formas de conocimiento del filósofo Paul Hirst, pasando, obviamente, por los test de coeficiente intelectual de la era moderna.

Como el conocimiento no fue el único centro de atención para los occidentales, las virtudes del sentimiento aparecieron también en esa búsqueda. El asunto es que para la época clásica ya se habían establecido las diferencias entre razón, voluntad y sentimiento, lo que llevó a debatir, por varios siglos, el origen del intelecto, siempre en dos direcciones: o que las diferentes partes del sistema nervioso intervienen en las capacidades intelectuales, o que las principales funciones intelectuales le son propias a todo el cerebro. En ese marco, Estados Unidos y Europa llegaron a popularizar teorías que relacionaban el tamaño de la cabeza de un individuo con sus características mentales, hoy completamente desfasadas.

¿Qué avances que permitan contextualizar este trabajo se han logrado en el acercamiento científico a las capacidades extraordinarias de los seres humanos?

En la segunda mitad del siglo XIX apareció la psicología como ciencia y se dedicó a la búsqueda de leyes que rigieran el conocimiento humano, el procesamiento de la información y el perfil mental de los sujetos. En este contexto, los trabajos estadísticos lograron correlacionar los aspectos físicos e intelectuales, la herencia y el logro profesional. Posteriormente empezaron las

controversias por heredabilidad o no del conocimiento. Las obras de Alfred Binet en París y Lewis Terman en California, ya en las puertas de la modernidad, coincidieron en el diseño de rigurosos test de inteligencias, que estandarizaban la medición y fijaban parámetros de objetividad matemática para medir la inteligencia. El mismo Jean Piaget se centró en las líneas de razonamiento que utilizan los niños para evocar una respuesta, a partir de pruebas de coeficiente intelectual. Desde ellas intentó probar cómo el ser humano trata de comprender el sentido del mundo a través del pensamiento y cómo alcanza varios niveles de conocimiento desde el sensorial, práctico, simbólico, concreto y formal hasta el lógico-racional. Si bien Piaget explicó el proceso de desarrollo cognoscitivo, no lo hizo desde la creatividad y la originalidad. Aparentemente el test no lo permitía (Gardner, 1994: 49-54)

Todos estos intentos, sin embargo, apuntaban a categorizaciones *a priori*. Gardner, en cambio, lo que propuso fue validar los conjuntos de inteligencia que atendieran especificaciones biológicas y psicológicas.

Para ello apeló a los principios que a mediados del siglo XX desarrolló Joy P. Guilford, reclamando una mayor atención científica hacia la creatividad y argumentando que ella y la inteligencia, no significaban lo mismo. Mientras la creatividad apunta al pensamiento divergente (lo que equivale a decir que entre más original, única y peculiar, más creativa será la idea), la inteligencia procura un pensamiento convergente, en el marco del cual se deben encontrar las respuestas correctas en el menor tiempo posible. (Gardner, 1995: 38).

Las aproximaciones de Guilford motivaron a los psicólogos a encontrar nuevas opciones, que le asestaron un duro revés a los test de lápiz y papel. Una mayor puntuación -advirtieron- no significa un mayor nivel de creatividad. Uno de ellos, justamente el investigador norteamericano Howard Gardner, diría después que “los test expresan una noción aparentemente banal de la creatividad”. Para entonces, se había sumado la nueva “aproximación cognitiva”, que se caracterizó por la cuidadosa atención a los modos en que las ideas generativas y series de ideas, se desarrollan y profundizan a lo largo de importantes períodos de tiempo.

Gruber, a quien Gardner cita efectivamente en su obra *Mentes Creativas*, se aproximó a un “sistema de desarrollo”, en el marco del cual observó simultáneamente la organización de los conocimientos en un campo, el objetivo (u objetivos) pretendido (s) por el creador y las vivencias afectivas que éste experimenta. Aunque estos objetivos sólo están unidos débilmente, su interacción

a lo largo del tiempo ayuda a comprender el flujo y reflujo de la actividad creativa en el curso de una vida humana productiva (Gardner, 1995: 41).

Sin embargo, Gardner optó por el estudio de individualidades. Es más: en la adopción de una perspectiva evolutiva, la observación de sistemas diferentes y el examen de los modos de interacción, propuso un enfoque comparativo y deliberadamente amplio que asume la creatividad como una manifestación en diversos campos. El codirector del Proyecto Cero de la Universidad de Harvard complementó su método con el análisis de ejemplos de creatividad, seleccionado en una era histórica cultural concreta, y la polarización en el modo en que se relacionan dinámicamente el avance individual, el grupo del ejercicio y las reacciones de la comunidad circundante.

La investigación sobre la creatividad contaba, así, con dos enfoques: el convencional psicométrico, que se remitía a los cuestionados test, y la cognitiva, que sugería una serie de interrelaciones flexibles y subjetivas.

La nueva teoría reformuló la educación escolar en EE.UU. En su marco elevó al nivel de inteligencia la habilidad para crear y entender los significados que surgen del sonido (musical); la de usar el cuerpo para expresar ideas y sentimientos y conseguir metas (kinésica); la de percibir imágenes, transformarlas y recrearlas en la memoria (espacial); la que ayuda a distinguir los sentimientos y a construir correctos modelos mentales de uno mismo (intrapersonal); y la que permite reconocer los sentimientos e intenciones de otros (interpersonal), las cuales se vendrían a sumar a las otras dos que la convención aceptaba y que él mismo reconocía: la lingüística (dominio de lenguas) y la lógico matemática (habilidad para razonar correctamente usando las lógicas de las operaciones numéricas). Más tarde incluyó la inteligencia naturalista, o capacidad para observar, experimentar y dialogar con la naturaleza. Desde esta redefinición, individuos como Maradona, Darwin o Leonardo Da Vinci comparten, según la teoría de las inteligencias múltiples, un mismo apelativo: genios.

Gardner se apoyó en la idea de la neuropsicología para comprender la estructura de la mente. Estudios anteriores sobre la inteligencia indicaban la existencia de muchas y distintas facultades intelectuales, así como la presencia de ciertas áreas del cerebro que corresponden aproximadamente con otros tantos modos de cognición. Pero ¿la descripción óptima de cada dominio de cognición y simbolización no debía mirarse bajo el conocimiento profundo del sistema nervioso y el cerebro humano?

Uno de los criterios para determinar una inteligencia se basa, como él lo concluyó, en la dependencia de las habilidades de las zonas cerebrales más o menos circunscriptas. Así lo probaba, al menos, la desaparición de la habilidad cuando esa zona del cerebro era dañada. Por ello, Gardner reconoció dos formas de entender la inteligencia: como una capacidad única y como una entidad fragmentada en varios componentes. Su inclinación, por supuesto, fue sobre la existencia de varias competencias intelectuales humanas relativamente autónomas, que él mismo propuso llamar inteligencias humanas, y que generalmente actúan en armonía. Sus observaciones se centraron en el descubrimiento de la estructura fina del desarrollo dentro de cada sistema simbólico particular, tratando de identificar si determinados procesos comunes pueden cruzar a través de diversos sistemas simbólicos o si cada sistema simbólico tiene su propio curso de desarrollo (Gardner, 1994: 96-99). Un rasgo destacable de esta teoría es que está constituida, desde una mirada psicológica social, que define a la inteligencia como una habilidad o conjunto de habilidades, que a su vez permite a un individuo resolver problemas o crear productos valiosos en uno o más ambientes culturales:

Desde mi punto de vista, la esencia de la teoría es respetar las muchas diferencias que hay entre los individuos; las variaciones múltiples de las maneras como aparecen; los distintos modos por los cuales podemos evaluarlos, y el número casi infinito de modos en que éstos pueden dejar una marca en el mundo. (Gardner, prefacio de *Las Inteligencias Múltiples en el Aula*. En: Armstrong, 2000: v-vi).

En su obra el psicólogo e investigador admite como una característica básica de la ciencia cognitiva, las representaciones, es decir, símbolos, esquemas, ideas, imágenes que se amalgaman y transforman entre sí, y que finalmente explican el funcionamiento de la mente. Al remitirse al origen biológico y evolucionista de la cognición, considera que es importante poder determinar el perfil intelectual en el sujeto para poder direccionar sus oportunidades, lo que en esencia significa, opciones de educación, y deja abierta la posibilidad a los antropólogos de construir un modelo de cómo potenciar las capacidades intelectuales en las diferentes culturas.

Las mitades del cerebro no realizan las mismas funciones. Cada hemisferio cerebral coordina las funciones sensorio-motoras del lado opuesto del cuerpo, mientras el hemisferio izquierdo regula el lenguaje, el derecho, las funciones visuales-espaciales. Lo que no se aprecia claramente es la especificidad de la función cognoscitiva con las regiones más finas de la corteza cerebral humana, lo

que permite afirmar que las funciones cognoscitivas e intelectuales en el individuo adulto, se corresponden con áreas particulares del cerebro. Se considera, entonces, que la percepción reside en una región del cerebro y la memoria en otra, tal como el procesamiento visual reside en el lóbulo occipital, el lenguaje en la región temporal y frontal izquierda.

Sin embargo la evidencia de la organización del cerebro no es aún pertinente para la comprensión en investigación en el área cognoscitiva, aunque existe la posibilidad de que el análisis molecular y molar de la estructura organizativa del cerebro puede tener implicaciones definitivas en los procesos cognoscitivos. Varios psicólogos han coincidido en que la cognición humana consiste en una serie de dispositivos cognoscitivos de propósito especial, los cuales dependen de alambrados neurales finos.

En el siglo XXI las investigaciones comprobaron que la persona dispone de un número aún no determinado de capacidades. Desde este enfoque pluralista de las capacidades mentales, se podría afirmar que las personas tienen potenciales intelectuales diferentes, porque existen distintas facetas de la cognición que pueden ser modificadas por medio de estímulos. Sin embargo, el sistema educativo no le presta la misma atención a todos los estilos de aprendizaje, ni valora por igual todas las inteligencias o capacidades. No más hay que mirar el horario para darnos cuenta de que la clase de música, por ejemplo, dispone de una intensidad infinitamente menor a la que la escuela dedica al desarrollo de la inteligencia corporal-kinestésica y la inteligencia lingüística, por ejemplo. De hecho, históricamente se ha considerado que la inteligencia se limita a la capacidad general de razonamiento lógico de todo individuo, que se mide a través de evaluaciones escritas denominadas pruebas de inteligencia, que dependen básicamente de una combinación de capacidades lógicas y lingüísticas y olvidan otra serie de habilidades, destrezas y conductas que son propias de sujetos inteligentes.

Gardner también se ocupó del liderazgo. De hecho, buena parte de su preocupación reciente indaga los misterios de la mente de los líderes más influyentes, tras lamentarse de otra escasa preocupación del mundo científico en relación ahora con la creatividad. En *Mentes creativas* (1995) y posteriormente en *Mentes extraordinarias* (2000), construyó un puente que liga los dominios separados de las líneas ideográfica y nomotética del trabajo sobre la creatividad y establece diferenciaciones claras entre ésta y la inteligencia.

En el primero de sus textos examina las vidas creativas de siete individuos que vivieron alrededor de 1900, deliberadamente sacadas de dominios dispares de realización: el neurólogo y psicólogo Sigmund Freud, el físico Albert Einstein, el pintor Pablo Picasso, el músico Igor Stravinsky, el poeta T. S. Eliot, la bailarina Martha Graham y el líder político y espiritual Mahatma Gandhi. En el segundo revisa la vida y la obra de Mozart, Freud, Virginia Wolf y Gandhi.

La metodología le permitió transitar de la particularización a la generalización, que en esencia sugiere las lecciones. Las investigaciones buscaron modelos que permitieran revelar semejanzas y diferencias orientadoras, al final de lo cual Gardner aventuró una conclusión sobre la naturaleza creativa: pese a la existencia de un conjunto de rasgos comunes, no hay un único tipo de creatividad. “Cada creador merece vidas y vidas de estudio”.

Gardner utiliza una aproximación conceptual que denomina “perspectiva interactiva”, en el marco de su propuesta sobre inteligencias múltiples. Estos ejes reconocen tres niveles (elementos o nodos) de análisis, que no pueden ser desatendidos en una consideración de la creatividad: La persona con su propio perfil de capacidades y valores, el ámbito o disciplina en que trabaja con sus sistemas simbólicos característicos, y el campo circundante, con sus expertos, mentores, rivales y discípulos, que emiten juicios sobre la validez y calidad tanto del propio individuo como de sus productos (Gardner, 1995: 52). Conforme a esta perspectiva, la creatividad se entiende como un proceso que resulta de una interacción, frecuentemente asincrónica. El asunto es que “no estaremos en condiciones de decidir sobre su grado de creatividad si no hemos examinado el modo como se apropia de su ámbito, transformándolo o incluso creando uno nuevo” y si no conocemos las relaciones con su campo, sus tensiones y conflictos.

En consecuencia, toda interpretación está obligada a moverse al menos entre los vértices de este triángulo, abocando numerosos focos de interés para la investigación y rechazando los intentos reduccionistas que habitualmente terminan psicologizando la creatividad extraordinaria. Pero ¿cómo se imbrica el enfoque en la teoría matriz de Gardner? El primer paso consiste en reemplazar la pregunta convencional “¿Quién es extraordinario?”, por otra cuya respuesta definitivamente cambia la dirección de la búsqueda: “¿Dónde está lo extraordinario?” (Gardner, 2000: 18). La primera permite una respuesta más abstracta, sin contexto, en tanto que la segunda impone la obligación de una mirada más amplia. En el curso de este movimiento surge la siguiente propuesta: “Individuo creativo es la persona que resuelve problemas con regularidad, elabora productos o define

cuestiones nuevas en un campo de un modo que al principio es considerado original, pero que al final llega a ser aceptado en un contexto cultural concreto”. Todo individuo creativo es inteligente pero no todo inteligente es creativo.

Para procurar esas diferencias y allegar conclusiones aleccionadoras, propone un método aparentemente sencillo: leer todo lo que sea posible sobre sus vidas, estudiar sus obras y entrevistar a las personas que le conocieron. Y hecho todo eso, reflexionar sobre la creatividad, la inteligencia, el liderazgo y otras características que podrían constituir las mentes extraordinarias. En síntesis se trata de explicar la vida de las personas que son verdaderamente excepcionales, en acatamiento del postulado de Dilthey.

El autor sugiere así el seguimiento cuidadoso a las personas extraordinarias, como lo hicieron Howard Gruber -ya mencionado- al centrarse en individuos extraordinarios aislados y Dean Keith Simonton, quien intentó encontrar leyes generales sobre la excepcionalidad. En *Mentes extraordinarias* (2000) Gardner reconoce, además, la influencia que ejerce sobre su obra la visión sistémica de Mihaly Csikszentmihalyi, quien es precisamente el que propone examinar la interacción de los tres elementos citados.

Una ciencia de la excepcionalidad se basa en dos cimientos: Uno es el estudio cuidadoso de las personas extraordinarias, al principio estudiando caso por caso. No podemos comenzar a entender la excepcionalidad a menos que sepamos mucho sobre la vida y la mente de aquellas personas que todo el mundo reconoce que son especiales. Y, otro, el “científico de la excepcionalidad” tiene como objetivo identificar en qué modo todos los individuos extraordinarios son similares (digamos, por ejemplo, en la cantidad de energía que emplean en su obra); la forma en que determinadas personas extraordinarias se parecen entre sí [...]” (Gardner, 2000: 17).

Para entender mejor los fenómenos creativos del sujeto de estudio, precisamos recurrir a la triada conceptual propuesta por Csikszentmihalyi en la obra de Gardner: Juan Gossaín Abdala, con sus talentos y metas; el periodismo, como disciplina escogida, y el campo, constituido por la serie de personas e instituciones que emiten juicios sobre la calidad de la obra. Sólo cuando se considera a la persona a la luz del ámbito de la obra, por una parte, y del campo de los jueces, por otra, somos capaces de hacer un juicio fiable de la excepcionalidad -o de la no excepcionalidad- de las contribuciones de una persona (Gardner, 2000: 19). Desde esta propuesta, el trabajo presupone la descripción cuidadosa de casos individuales y la creación de taxonomías (método de clasificación)



basadas en dichos casos. Las unidades en que se basa el análisis son personas, objetos físicos no humanos, entidades simbólicas y procesos evolutivos, los mismos del desarrollo humano. Gardner los describe literalmente (Gardner, 2000: 19-20):

- *Las personas.* Todos nosotros somos personas: entidades que existimos en el mundo natural, poseemos una determinada apariencia y experiencia, sentimientos, deseos y necesidades concretas. Las personas mantienen toda clase de relaciones entre sí -se desean unas a otras, se temen, buscan comunicarse entre sí- y se frustran cuando esta comunicación no es efectiva.
- *Los objetos (físicos no humanos).* Las personas estamos rodeadas por un sinfín de entidades: objeto simples de guardería como biberones y muñecas; objetos naturales complejos como elefantes, abejorros y árboles de hoja de perenne; también hay objetos artificiales e intrincados, como caballitos de madera y CD-ROM. A pesar de sus diferentes orígenes y apariencias, todos estos objetos funcionan conforme a las mismas leyes físicas. Técnicamente, los seres humanos son también objetos físicos, pero es muy útil -y científicamente justificable- distinguir entre objetos humanos y los demás objetos físicos del mundo.
- *Las entidades simbólicas.* Los seres humanos tenemos la cualidad peculiar de que nos gusta crear símbolos y darles sentido: palabras, gestos, imágenes, números y otros muchos signos que se refieren a objetos físicos y naturales. (Es en esta peculiaridad más que en ninguna otra por la que nos diferenciamos de los animales no humanos). A veces, estos símbolos son materiales, como en el caso de los mapas. En otras ocasiones, se trata de algo más etéreo, como en el caso del lenguaje hablado o de las operaciones matemáticas que se llevan a cabo dentro de la cabeza. A veces, los símbolos están solos -como una pieza de escultura de Henry Moore-, mientras que en otros casos forman parte de un elaborado sistema -como ocurre en el caso del lenguaje informático-. En últimas, los símbolos están asociados a determinadas prácticas adultas o de ámbitos, artes o disciplinas que se valoran por la cultura y que pueden ser dominadas por medio de aprendizajes establecidos.

- *Los procesos evolutivos.* Podría darse el caso, como sucede con muchos animales, de que los seres humanos hubieran nacido más o menos formados. También podría haber ocurrido que aunque no estuvieran totalmente formados, se desarrollaran conforme a un programa fijo que no es alterado por los altibajos de la experiencia. Pero resulta que este no es el caso. Desde el momento de la concepción, el embrión se ve afectado por las condiciones fisiológicas del útero y, en adelante, los hechos particulares de un entorno concreto ejercen un efecto profundo en lo que el organismo deviene. La persona tampoco es una hoja en blanco; los seres humanos vienen equipados no sólo con finos sistemas sensoriales y capacidades para percibir a través de los sentidos, sino con fuertes inclinaciones para centrarse en determinadas experiencias, extraer inferencias y atravesar fases cognitivas, afectivas y fisiológicas. Al utilizar el término evolutivo, Gardner acentuó el hecho de que el crecimiento de toda persona refleja una interacción constante y dinámica entre un organismo, con sus programas internos, y el entorno, cuyas propiedades constituyentes nunca son totalmente predecibles.

Las personas difieren entre sí, según el grado en que resalten una o más relaciones; y las personas extraordinarias se diferencian enormemente entre sí, y también de las personas ordinarias, según el grado en que acentúen una relación concreta. De esta manera, Gardner propuso estudiar la excepcionalidad desde la perspectiva de los talentos y metas de los personajes, convirtiéndolos, así, en unidades de investigación que involucran su relación con los objetos físicos no humanos y las entidades simbólicas que han dado sentido a sus actos. Pertrechado en ese marco conceptual, aborda cuatro tipos de excepcionalidad:

- *El maestro.* Una persona que adquiere una maestría total sobre uno o más ámbitos de realización y que la pone en práctica cuando produce obras permanentes en su género, ejecuta obras de forma refinada, resuelve problemas reconocidos en su arte u oficio, formula referencias de teorías y suele ser creativo en su práctica en medio de fuertes presiones. En el caso de Mozart, por ejemplo, la maestría en la composición musical de su época fue tan completa como pueda imaginarse. Mary Ann Evans (George Eliot) fue maestra de la novela inglesa en el siglo XIX, y Rembrandt, maestro del retrato holandés en el siglo XVII (Gardner, 2000: 23). A la lista habría que agregar personajes como Miguel de Cervantes Saavedra, en España, o Gabriel García Márquez, en Colombia.

- *El creador.* Un creador puede haber dominado los ámbitos existentes, pero dedica sus energías a la creación de un nuevo ámbito. Freud, por ejemplo, creó el psicoanálisis. Creadores fueron también Charlie Chaplin y John Lennon, en la cultura. Darwin -otro ejemplo- creó el ámbito del estudio evolutivo de la biología (Gardner, 2000: 23). Cómo no hablar aquí de Albert Einstein, en el ámbito internacional, y de Manuel Elkin Patarroyo, en el nacional.
- *El introspectivo.* El principal interés de este tipo de personas es la exploración de su propia vida interna: las experiencias diarias, las necesidades potenciales y los miedos, la acción de la conciencia, tanto de la persona concreta como de las personas en general. Virginia Wolf dejó abundantes huellas de sus introspecciones en sus novelas, ensayos, diarios y cartas. Otros Introspectivos notables de la época contemporánea son los novelistas Marcel Proust y James Joyce (Gardner, 2000: 23). En Colombia se contaría, por ejemplo, el poeta Candelario Obeso.
- *El influenciador.* Una persona de estas características tiene como principal objetivo, influenciar a los demás. Gandhi ejerció influencia a través del liderazgo de diversos movimientos políticos y sociales, mediante su poderoso ejemplo personal y, menos directamente, por medio de sus escritos autobiográficos y exhortativos (Gardner, 2000: 24). Karl Marx y Maquiavelo, en la política, influenciaron decididamente a sus huestes, como lo hicieron también Adam Smith y Milton Friedman en economía.

Sin embargo no existe una línea divisoria entre las formas excepcionales. Como nadie es, entonces, exclusivamente un maestro o un influenciador, en el caso de Juan Gossain podría repetirse la experiencia de Gardner con sus personajes, si bien tendría rasgos más destacados en uno de esos tipos. Pero ¿es solamente eso? Leído todo lo que se ha podido sobre su vida, estudiado toda su obra y entrevistado a las personas que lo conocen, la investigación inició esta travesía hacia lo que podría ser una mente extraordinaria, entendiendo que “las mentes extraordinarias que han emergido en el último milenio nos pertenecen. Son nuestras mentes, tanto en el sentido de que han contribuido a la vida de la vasta comunidad humana, como en el sentido de que se han ‘hecho’ por las valoraciones de las generaciones precedentes sobre sus respectivos ámbitos [...]” -que también incluye el de los seres humanos como nosotros- (Gardner, 2000: 25).

## Inteligencias y excepcionalidades de Juan Gossáin

En sus primeros 17 años de ejercicio profesional que, según pregona, finalmente fueron los que moldearon su formación, Juan Gossáin se dedicó al periodismo escrito. Aunque exploró otros medios y aparentemente se desempeñó ejemplarmente en ellos, el interés de la investigación se centró justamente en los antecedentes de su fase inicial como cronista y reportero.

Inicialmente abrigamos el mismo interés de Howard Gardner al estudiar la vida de personajes que, a la luz de los hechos históricos, develaban habilidades y competencias en cada una de las categorías de inteligencias propuestas. Gossáin era, sin lugar a dudas, un personaje admirable, con reconocimiento de los públicos colombianos, que bien valía la pena analizar. Para hacerlo identificamos dos caminos inaugurales: Gossáin como individuo, y su propia obra. Sin embargo, las entrevistas con el personaje y las lecturas referentes a la obra de Gardner, plantearon la necesidad de hacer nuevos abordajes que revisaran los contextos de su formación y los vínculos culturales y sociales de su saber hacer (*know how*).

De esa manera se completó el trípode exigido -individuo, ámbito y campo- y se condujo una investigación dinámica que, en tanto respetó los objetivos iniciales, constantemente planteó nuevas interacciones, reflexiones y contrastación de datos, que la hicieron cíclica y continua, sin fraccionamientos concluyentes.

Ahora se trata de evaluar y sistematizar la experiencia, que se tuvo a partir de las entrevistas y acercamientos con Juan Gossáin y los personajes del ámbito y el campo.

En esta parte nos hicimos dos preguntas: ¿Cuáles son las inteligencias de Juan Gossáin? y ¿pueden asociarse esas inteligencias con la excepcionalidad? Las respuestas se encontrarían a través de entrevistas semi-estructuradas que harían la aproximación a los estadios de formación de Gossáin. En ese empeño dialogamos con Juan Gossáin Abdala y las personas que podían hacer parte del campo y del ámbito, como se muestran en el Diagrama 1:

Diagrama 1. Campo y ámbito de personas que influyeron en el periodista:



Las respuestas se clasificaron en 1.340 unidades de análisis, que para los efectos eran cada oración con sentido lógico, y éstas, a su vez, en 6 categorías (Metas y objetivos, Ámbito periodístico, Buen trabajo, Valores familiares, Desarrollo personal y Raíces culturales) y 43 subcategorías. En ellas se observa la marcada significación del desarrollo personal en la definición de los perfiles profesionales de Juan Gossáin, pero entendidos como valores que moldean o explican las habilidades y competencias que proyectarían su desempeño en el ámbito. Del mismo modo, el denodado compromiso de Gossáin con las pautas éticas y morales que delinean el “buen trabajo” de un periodista, avaladas cabalmente por los observadores y refrendadas por Gardner como condición inexcusable para acreditar a un profesional de esta disciplina. Unidas en una misma dirección, esas referencias apuntalan la relación de Gossáin con su ámbito, al que no sólo se acopló con respeto y ponderación sino al que aportó propuestas, novedosas para la época, de búsqueda y narración.

### **Las inteligencias de Juan Gossáin**

Constatadas las competencias y habilidades del personaje con los axiomas teóricos, Gossáin parece instalado, al menos, en cuatro de los tipos de inteligencia de Howard Gardner, Cuadro 1:

Cuadro 1. Síntesis de hallazgos:

TIPO DE INTELIGENCIA PRESENTE	HABILIDADES QUE CARACTERIZAN LA INTELIGENCIA	COMPETENCIAS IDENTIFICADAS EN GOSSAIN
<b>LINGÜÍSTICA</b>	Lectura	Lee con fluidez y gracia
	Escritura	Escribe con rigor gramatical Evidencia un gusto espontáneo por la escritura
	Narración de historias	Cuenta cuentos
	Memorización de fechas	Memoriza
	Dominio de lenguas	Enseña conocimientos básicos de lenguas extranjeras
<b>LÓGICO – MATEMÁTICA</b>	Habilidad en el uso de la fonética, la sintaxis, la semántica y los usos pragmáticos del lenguaje (retórica, metalenguaje).	Se preocupa por comunicar correctamente Participa activamente en debates
	Habilidad para usar los números de manera efectiva, de razonar adecuadamente en forma deductiva e inductiva.	Resuelve problemas complejos, trabaja con números de forma entusiasta y experimental
<b>INTERPERSONAL</b>	Capacidad de entender a los demás e interactuar eficazmente con ellos.	Entiende a la gente y se comunica perfectamente con los demás. Tiene amigos, se junta con la gente, trabaja en grupo, comparte, enseña a otras personas
	Despliegue de liderazgo y organización.	Lidera procesos y proyectos
<b>INTRAPERSONAL</b>	Autodisciplina, autocomprensión y autoestima	Interioriza y sigue cabalmente rutinas de trabajo
	Diálogo interno para resolver problemas	Trabaja solo, reflexiona permanentemente, obedece a sus propios patrones de vida, suele ser consejero de sus pares
	Capacidad para construir una percepción precisa respecto de sí mismo, reconocer puntos fuertes y sus debilidades.	Reconoce virtudes y defectos
	Sentido claro de la independencia.	Guarda las distancias debidas en lo laboral
	Diferencia espacios públicos de los privados	Prefiere los espacios y tiempos íntimos e inspiradores

Las habilidades y competencias de Gossain se instalan, principalmente, en las inteligencias lingüística e interpersonal. La primera es la capacidad del sujeto para usar la palabra de manera efectiva, bien sea oral o escrita, con dominios sobre territorios como el de la retórica, la fonética, la semántica y la pragmática, entre otros; la interpersonal se fundamenta en la empatía que es capaz de desarrollar el sujeto para reconocer las emociones y motivaciones de sus semejantes, lo que en la práctica implica entrar respetuosamente en el mundo del otro, y, en general, interactuar de la manera más acertada con otras personas. Encontramos una capacidad notoria para manejar relaciones interpersonales, a partir de un verbo fluido y contundente, aunque socialmente es un

personaje que, cuando no escribe, prefiere refugiar su palabra con la familia, generalmente a la hora del almuerzo, o en una tertulia con los amigos, cuando el sol empalidece y sobre la mesa suenan con violencia las fichas de un dominó. Se encontró, sin embargo, que en sus comienzos esa inteligencia lingüística se desplegaba a los cuatro vientos, cuando, por ejemplo, hablaba en nombre de estudiantes que no eran sus pares y defendía causas que no eran propiamente las suyas.

La otra inteligencia es la intrapersonal. No obstante la hiperactividad natural que lo acompaña desde niño, Gossaín adquirió una disciplina especial para explorar su pensamiento. Generalmente en el silencio de la madrugada, antes de que los gallos cantaran, o en la tranquilidad de una iglesia solitaria sin más moradores que los santos de miradas apagadas. Entonces se interioriza, espanta las tribulaciones y saca lo mejor de su creatividad, para solucionar algún problema o ponerla al servicio de su actividad profesional. “Recuerde que yo siempre cuento hasta 300”, dice. El asunto es que las tres inteligencias: la lingüística, la interpersonal y la intrapersonal, se juntan en una mezcla magnífica, que lo hace un comunicador reflexivo y pausado.

El análisis, sin embargo, lo asocia con otra inteligencia: la lógico-matemática. De ésta tuvo sus primeras adquisiciones en el Instituto Libre del profesor Paut y luego en el colegio La Esperanza, antes de convertirse en auxiliar de libros contables y de asumir su menesterosa labor de contador en la arrocera Tres Estrellas. De ahí en adelante tuvo que contentarse con la habilidad que dejan los números, así no vuelva a recrear un problema de álgebra lineal, pues como lo sentenció un día su madre Bertha Abdala de Gossaín, de “contador contable terminó en contador de cuentos”. Juan B. Fernández, uno de sus tutores, da fe de esas aplicaciones cuando los boletines de la registraduría forcejeaban con las estadísticas que darían cuenta de la conformación de un nuevo Concejo o las fuerzas políticas que integrarían al Congreso en elección, y él sacaba su lápiz, sumaba con precisión y daba el veredicto: “fulanito se ahogó o perencejo se salvó por un pelo”. Margot, su esposa, acuña una sentencia que, aunque de la vida privada de su familia, le da un carácter concluyente a la lectura: “cuando regreso de un viaje él sabe exactamente cuánto me gasté en la tarjeta de crédito”.

## **Conclusiones**

La travesía cognitiva por las competencias y habilidades de Juan Gossaín Abdala, permitió llegar a conclusiones, que al mismo tiempo, podrían servir de referentes para encauzar procesos de

formación en las escuelas de periodismo. En efecto, reúne condiciones que, desde la perspectiva de las Inteligencias múltiples (1998) y las Mentes extraordinarias (2000), lo acreditan como un maestro del periodismo. Gardner dice que “lleva aproximadamente diez años de práctica intencionada convertirse en un experto a parte entera; y estos expertos tienen aproximadamente cincuenta mil movimientos o estrategias a su disposición”, lo cual indica que “un jugador de ajedrez es aquel que ha practicado y mejorado su juego durante una década y que ya puede manejar decenas de miles de movimientos estratégicos distintos” (Gardner, 2000: 42). En 17 años de periodismo escrito, Juan Gossain produjo, al menos: 2.800 crónicas, consultó unas 8.000 fuentes de información, elaboró mínimo 3.000 titulares, escribió unas 8.400 páginas, hilvanó alrededor de 50.400 párrafos y formó unas 151.200 oraciones, todas las cuales tienen la misma condición de movimientos de un jugador de ajedrez, sobre todo si se tratan con el rigor gramatical y estilístico que acostumbra aplicar.

La obsesión por el manejo adecuado del idioma no sólo tiene su propia confesión sino la ponderación de familiares, colegas y amigos e, incluso, de las mismas instituciones. En el año 2004, en efecto, la Academia Colombiana de la Lengua lo eligió miembro de número como premio a su amor por la palabra.

Adquirir la maestría en el dominio, a través de la consulta y la verificación, la indagación persistente y el ofrecimiento de contexto, por ejemplo, conduce al periodista a prácticas de “segunda naturaleza” que le permiten a los periodistas “realizar su misión primordial de reunir información y transmitirla de manera objetiva, imparcial y completa” (Gardner, 2001: 217). Los seis momentos que se analizaron en el decurso de la obra de Gossain, muestran la constante de un estilo que, si bien ganaba en concreción y realidad, nunca se apartó de la donosura y siempre consintió una relación amable con el lenguaje. Gossain le agregó a la receta la narración cálida, fresca y atrayente.

Pero un maestro, desde la perspectiva de Gardner, no es sólo el que informa con precisión e inclusive, llega a conquistar altos índices de audiencia, sino, por sobre todo, el que logra la credibilidad y el respeto de sus públicos, como lo atestiguan, en este caso, los observadores desde el ámbito y el campo. Juan Gossain, en efecto, obtuvo ese respeto a partir de una sólida formación ética que gobernó su modelo de vida desde pequeño y la calidad de un trabajo que atizó también desde edad temprana, lo cual se visibiliza en el compromiso con la verdad que denotan los textos. De hecho, la misma interpretación de su obra concluye que mientras sus pares aparentemente seguían la máxima de “no dejar que la realidad te dañe una buena historia”, lo que significaba echar



riendas a la imaginación en una época en la que había menos instrumentos de verificación, Gossaín lo que hizo fue matizar la realidad con rastros de ficción. Su premisa fue: “la loca de la casa no es la fantasía, sino la realidad”, y siempre estuvo presto a descubrirla.

Un maestro, además, es el que se rebela al ámbito, no por el prurito de alejarse de las convenciones, sino por la convicción férrea de la propuesta alternativa, que en términos del periodismo implica ampliar el dominio mediante la innovación creativa y la puesta en marcha de nuevos formatos, tal como lo hicieron en su tiempo Norman Mailer, Tom Wolfe y Truman Capote en lo que finalmente vino a formar la corriente o escuela llamada Nuevo periodismo. O Bob Woodward y Carl Bernstein, los anónimos periodistas del Washington Post que pusieron al descubierto el Watergate y legaron con él un aporte fundamental de investigación, persistencia y trabajo en equipo para moldear una nueva generación de informadores en Occidente. Por ejemplo. Juan Gossaín desarrolló un particular estilo humano de abordar las historias y sus personajes, que plasmó luego en la frescura del relato, en un contexto de oficio en el que las informaciones eran gobernadas por esquemas fríos y efectivistas que excluían los rostros y daban preferencia a los datos. El artículo aparecido en el Magazine de El Espectador, en momentos en que Gossaín apenas se descubría como periodista, da cuenta de esa rebeldía intelectual: “El hombre que enderezó la pirámide invertida”, se titulaba. Por ello, los escritores e investigadores Jorge García Usta (q.e.p.d.) y Alberto Salcedo Ramos, coinciden en que la de Gossaín fue la más renovadora obra del periodismo colombiano, en el siglo pasado.

Como maestro, además, Gossaín desarrolló habilidades y competencias que se instalan en las inteligencias lingüísticas e interpersonales y se manifiestan, en primer lugar, en sus inquietudes juveniles (escritura de poemas, trámite de crucigramas, corrección de diccionarios) y, luego, en la prosa de sus escritos y la comunicación trascendente que a través de ellos estableció con sus audiencias. Pero el análisis también lo instala en la inteligencia intrapersonal, que lo muestra con una notable capacidad para explorar su pensamiento, interiorizar las tribulaciones e idear soluciones creativas. De hecho, para la literatura se ofrece a las 2 de la mañana, cuando el mundo hace silencio para que explore su creatividad y lo concentre en las hojas amarillas y los bolígrafos de tinta húmeda. Por lo demás, sostiene que las decisiones que hoy toma, principalmente en lo profesional, tienen el agregado de la reflexión pausada, que es la forma de explorar la certeza. “Ahora cuento hasta mil”, dice.

Pero no hay una línea estrictamente divisoria entre las formas de excepcionalidad. “Puesto que toda acción es de alguna forma original, nadie es exclusivamente un maestro; tampoco puede ningún realizador actuar sin algún grado de maestría de los ámbitos existentes” (Gardner, 2000: 24). Juan Gossaín finalmente dominó su ámbito y dedicó sus energías a crear dentro de él (Creador) y, a través de su oficio (escrito, en el pasado, y radial en el presente), a marcar una constante influencia (Influenciador) sobre sus audiencias, con informaciones equidistantes, comentarios sobrios o narraciones literarias que registraron una realidad nacional a la que no puede renunciar y la que tampoco puede prescindir de él. Claro que como maestro creador evidentemente produjo obras permanentes en su género (otra vez, alrededor de 2.800 crónicas e informes especiales), ejecutó obras estilizadas (las ponderaciones que hacen sus colegas y mentores sobre la calidad de su obra y las revelaciones de los análisis de contenido así lo destacan), resolvió problemas reconocidos en la profesión (esencialmente en términos de la narración y de ética y buenas costumbres) tuvo varias áreas de dominio (inteligencias lingüística, interpersonal e intrapersonal) y propuso nuevos referentes teóricos para asumir la profesión (la corrección de los esquemas que cuadrículaban la información en función de un tecnicismo de diseño).

Ahora bien: ¿Cómo logró esas habilidades? Juan Gossaín descubrió libremente su vocación como periodista, mientras andaba en búsqueda de la literatura. De alguna forma el periodismo lo encontró a él, pero cuando ello ocurrió, estaba preparado. Hoy, cuando declara que “Si naciera de nuevo volvería a ser lo que soy: simple y perpetuamente periodista”, la investigación lo ve como resultado de una confluencia de factores educativos, que comprometen integralmente a la academia, el individuo, la familia y el entorno. A la sazón de lo que Gardner encontró en las historias de vida de sus personajes, Gossaín identificó muy temprano sus habilidades (a los 5 años sabía escribir a máquina, a los 8 publicó su primer periódico, a los 12 se había leído la obra completa de Joseph Conrad), lo que podría estar señalando momentos válidos para iniciar la formación en un área sensible como el periodismo.

La familia, por su parte, fue actora determinante en la formación, porque no sólo le enseñó valores (hacer siempre lo correcto, decir siempre la verdad) y le dio ejemplo (el ritual sagrado de la lectura de Las mil y una noches, antes del almuerzo) sino que supo identificar las potencialidades del niño fogoso y apoyar las aventuras formativas indicadas (La Herradura, las transmisiones de béisbol, los juguetes para los niños pobres). Una sola orden equivocada o una resistencia desmedida, habría

sido suficiente para que Juan desviara el rumbo, como estuvo a punto de hacerlo en San Bernardo del Viento cuando, de regreso de la experiencia en La Esperanza, tuvo que decidir entre las finanzas contables de la arrocera para mantener a su familia y el viaje a Bogotá para iniciar en El Espectador su carrera periodística.

En su empeño también contribuyeron sus maestros, pues lo que concluye esta travesía, es que siempre tuvo mentores adecuados. Primero en San Bernardo del Viento y luego en Cartagena, las inquietudes del niño fueron respaldadas por conductores convenientes que, o bien descubrieron cómo volver placentero su aprendizaje (Paut y los textos del Pato Donald) o le indicaron las pautas formativas pertinentes (Guerrero y la lectura de los clásicos en La Esperanza). Y ya enrumbado en el oficio, se topó con maestros altruistas, con una vocación de enseñanza que muchas veces se derivaba de su propio ejemplo de vida. Por ejemplo, Guillermo Cano, que le enseñó la ética profesional y los valores irreductibles del oficio; José Salgar, que batalló para que diferenciara entre literatura y periodismo; Juan B. Fernández, que le dio libertad para su actividad creadora, y Yamit Amat, que terminó de refinar su olfato periodístico.

Otro mentor bien pudo estar en la sombra. Al principio de su obra y en el decurso de buena parte de ella, Gossaín estuvo influenciado por el fantasma del escritor Gabriel García Márquez, como le ocurre a la mayoría de los escritores jóvenes del Caribe. Lo confiesa el mismo Gossaín y lo atestiguan sus mentores (José Salgar y Juan B. Fernández, por ejemplo). Pero este influjo, desde el prisma de Gardner, lejos de afectar el desarrollo intelectual lo enriquece, pues ejemplifica modelos de vida y ayuda a construir actividades creadoras. Es malo, cuando es lo único que se queda en la obra nueva, porque esta deja de ser creadora. Gossaín dijo haberlo superado completamente con María Abdala, apenas en el año 2003, cuando decidió romper un ayuno literario que lo refugió durante dos décadas en el periodismo y lo volvió el periodista que es. “Lo logré con el tono poético”, dijo, antes que el propio García Márquez produjera una sentencia que dejó en él una sensación de exorcismo: “Esa novela no se parece a nada que haya leído”.

Pero es suficiente ¿escribir bien para ser un buen periodista? En el discurso de Gardner aparecen ahora la ética y la moral, que el autor juzga determinantes para abocar un “buen trabajo” periodístico. Parte de la tesis, indica que el oficio necesita un compromiso irreductible con la verdad, que el individuo periodista debe refrendar a diario y el sujeto lector convalidar de conformidad. En el caso de Gossaín, esa responsabilidad se construyó a partir de su relación con el entorno y sus

vivencias, que fundamentalmente tuvieron origen en casa. Ello, de nuevo, plantea un escenario de intervención temprana, a instancias de la propia familia, que para oficios como el periodismo, resulta perentoria. “Mi padre -dijo insistentemente- me enseñó dos grandes cosas en la vida: que en los libros está todo lo que uno necesita saber y que nunca hay que apropiarse de lo que no es de uno”. A partir de esa máxima, su historia de vida muestra una serie de pasajes que dan cuenta de una sólida estructura de principios, que en tanto sorteó pruebas -elementales y complejas- consolidó el reconocimiento de respeto de sus audiencias. Gossaín demostró que para hacer un “buen trabajo” en periodismo, se requería no sólo contar bien el cuento sino hacerlo amparado por los valores.

Lo que en su caso también quedó claro, es el aporte de la escuela. Juan Gossaín no hizo estudios superiores “No porque no quisiera sino porque tenía que ponerme a trabajar ante la enfermedad de mi padre”. Pero la educación en el colegio La Esperanza, de Cartagena, tuvo el rigor de una universidad. Allí Gossaín aprendió, generalmente a través de procedimientos que hoy se calificarían de inusuales, que el talento sin disciplina es un desperdicio. La disciplina, en el caso de Gossaín, no fue sólo un mecanismo para reprender el caos personal sino para darle orden y método a la pasión por las letras que visibilizó desde niño. Cuentan los biógrafos de Julio Cortázar, que estando en París un muchacho fastidioso se le acercó en varias ocasiones con el ruego de que le enseñara a escribir. Para quitárselo de encima, Cortázar le sugirió que se encerrara durante un año en una habitación sin escribir una sola sílaba. Al año el muchacho se lo encontró y le dio un parte de victoria. Si duraste un año sin escribir -le dijo el escritor- tienes que dedicarte a otra cosa. Gossaín escribió desde los 7 años. Escribía cartas de amor, hacía crucigramas, libreteaba obras de teatro, redactaba piezas de oratoria, corregía diccionarios, reelaboraba escritos periodísticos, contaba noticias en los intermedios de las películas... Escribía porque se lo pedían y, especialmente, porque se le antojaba. Escribía para el público y, por sobre todo, para sí. Cuando “escribir es tu negocio, no puedes dejar de hacerlo. Nunca”.

En esas aulas obtuvo también una espléndida formación humanística que le permitió dimensionar y contextualizar historias locales y, de esa manera, proyectar mejor su trabajo. Cuatro décadas después de los encuentros de Gossaín con esas materias, Ben Bradley, el emblemático editor del periódico The Washington Post, respondió a la pregunta de un inquieto reportero sobre cómo formar a los nuevos periodistas: “póngalos a leer la obra completa de Shakespeare”, les dijo. Gossaín no sólo leyó a Shakespeare, sino a Conrad, a Homero, a García Márquez. Esto plantea,

entonces, dos nuevos senderos para un periodista en formación, que Gossain asumió estando en ese rol: primero, hay que leer mucho; segundo, hay que leer lo correcto. La lectura, habiendo declarado su inclinación por las letras, resultó ser la mejor herramienta para conseguir los dominios del lenguaje. Amén de la formación en la Esperanza, Gossain encontró en las obras de la literatura, primero el desfogue del placer por las letras y, segundo, focos de emulación que finalmente moldearían su estilo narrativo. Gossain, justamente, cultivó la palabra desde la lectura (“el único placer superior a la escritura”).

En el itinerario de su formación, entonces, Gossain conoció primero el lenguaje y, luego, aprendió a usarlo, tal como lo propone la secuencia de Gardner para este dominio. La dinámica de su aprendizaje, en efecto, respondió siempre a la misma constante: leer, escribir, leer, dar discursos, leer, hacer editoriales por emisoras locales, leer... Esta conclusión, que se deriva del discurso que dominó las entrevistas, principalmente las suyas y las de los mentores, se corrobora en los textos, que parecen gritar otra máxima que hoy, en la tranquilidad de la experticia, Gossain repite: “así como hay una ética, debe haber una estética a la hora de contar el cuento, lo que equivale a usar las técnicas narrativas adecuadas que en tanto garanticen la verdad la hagan atractiva para la audiencia.”

Para asegurarse de ambos propósitos -la ética y la estética- Gossain siempre buscó un referente crítico para su obra. Inicialmente fue Bertha, su hermana, a quien le daba a leer los cuentos, artículos y comentarios en busca de una segunda opinión, pero también lo fueron sus compañeros de trabajo en la arrocera de San Bernardo del Viento y, ya en la adultez profesional, su esposa Margot “que es mi crítica más dura y al mismo tiempo más amable”. En la formación periodística, estos referidos son como un espejo en el que hay que mirarse antes de salir a publicar, pues clarifican los ritmos y los tonos y validan el interés de las historias. Muchas veces, sobre todo ahora a instancias de Margot, tuvo que desechar escritos enteros porque a su crítico le parecía muy elemental o demasiado complejo, y empezar de nuevo. En otras ocasiones su apuesta tuvo el aval del veedor, como ocurrió el día en que Bertha leyó la entrevista con el boxeador Rodrigo Valdez y le dijo que era un trabajo para premio, el mismo que la organización Seguros Bolívar le otorgó en el año 1977.

El contacto con las personas fue el factor que moldeó el estilo de Gossain y le permitió, de alguna manera, rebelarse al ámbito con propuestas informativas más cálidas y estructuras narrativas

más frescas. Hoy, cuando se le pide un consejo para los nuevos periodistas, es categórico en la respuesta: “que salgan a la calle, que se unten de barro, que hablen con la gente”. Los observadores creen que en el diálogo con los locos de Cartagena y en las interacciones con los habitantes del sur de Bogotá, Gossain halló el gusto por un periodismo que sigue cultivando como el primer día.

A los 60 años de edad, Juan Gossain se considera un periodista en formación. Con la frase declara que los periodistas tienen que estar abiertos, todo el tiempo, al aprendizaje, que no sólo viene de los libros que se actualizan, o las investigaciones que remozan el conocimiento, sino del propio contacto con la gente. Un periodista que “se realiza”, se queda sin metas; un periodista que sigue sin “realizarse”, afina enfoques, supera paradigmas reporteriles, enruta estilo y, en fin, evoluciona. Eso se demuestra en el análisis de los momentos de la obra de Gossain que, sin renunciar a la donosura, gana sellos de realidad. A esta edad confiesa, inclusive, que se siente inseguro al escribir. “Me castigo mucho con mis textos”, dice, para significar que el problema de escribir no está antes sino después de terminarse el texto. Deja como pauta que el mérito de un periodista es reconocer sus errores, pues lo grave no es no equivocarse sino hacerlo de mala fe.

Ahora bien, sería interesante contestar la pregunta ¿Cuáles serían las lecciones que deja este caso para la academia y para la profesión? pero eso es, sin duda, tema para otro artículo. Lo que sí podemos adelantar es que se imponen procesos educacionales que rescaten el placer de la escritura periodística entre los estudiantes, pues definitivamente este no puede ser un oficio de imposiciones. Juan Gossain nos deja la enseñanza de que, cuando mucho se escribe, primero por placer y luego por deber, el ideal es hacerlo siempre a la luz del goce eterno.



Fuente: Juan Gossain: figura pública: <http://www.facebook.com/pages/Juan-Gossain/145643900592>

## Referencias

- ARMSTRONG, G, Thomas. 1999. *Las inteligencias múltiples en el aula*. Buenos Aires, Manantial.
- BARBERO, Jesús Martín y REY, Germán. 1999. *Los ejercicios del ver: Hegemonía audiovisual y ficción televisiva*. Barcelona, Gedisa.
- DELGADO, Juan y GUTIÉRREZ, Juan. 1999. *Métodos y técnicas cualitativas de investigación en ciencias sociales*. Madrid, Síntesis.
- DILTHEY, Wilhelm. «Introducción a las ciencias del espíritu». En: *Selecta de Revista de Occidente*. Madrid, Fundación José Ortega y Gasset.
- FERRO, Jesús. 2008. *Notas de clase: doctorado en ciencias sociales*. Barranquilla, Universidad del Norte.
- FERRO, Jesús. 2001 «Filosofía y psicología en el análisis existencial de Ludwig Biswanger». En: *Psicología desde el Caribe*, enero-julio, No. 007. 46-59 pp. Barranquilla, Universidad del Norte... Disponible en: <http://redalyc.uaemex.mx/pdf/213/21300704.pdf>
- FERRO, Jesús. 2005. «Jean-Paul Sartre: en la encrucijada de la conciencia». En: *El individuo en la cultura y la historia*. Barranquilla, Ediciones Uninorte. 144-145 pp.
- GARCÍA M., Gabriel. 1996. «El mejor oficio del mundo», discurso. En: *52ª Asamblea de la Sociedad Interamericana de Prensa, SIP*. Los Angeles, SIP.
- GARGUREVICH, Juan. 1992. *Hacia nuevas maneras de enseñar y aprender periodismo*. Barcelona, Paidós.
- GARDNER, Howard. 1994. *Estructuras de la mente: la teoría de las múltiples inteligencias*. México, Fondo de Cultura Económica.
- GARDNER, Howard. 1998. *Inteligencias múltiples. La teoría en la práctica*. Barcelona, Paidós.
- GARDNER, Howard. 1998. *Mentes líderes, una anatomía del liderazgo*. Barcelona, Paidós.
- GARDNER, Howard. 1999. *La inteligencia reformulada. Las inteligencias múltiples en el siglo XXI*. Barcelona, Paidós.
- GARDNER, Howard. 2000. *Mentes extraordinarias*. Barcelona, Kairós.
- GARDNER, Howard. 2002. *La nueva ciencia de la mente*. Barcelona, Paidós.
- GARDNER, Howard. 1995. *Mentes creativas*. Barcelona, Paidós.

GARDNER, Howard. 2004. *Mentes flexibles: El arte y la ciencia de cambiar nuestra propia mente y la de los demás*. Barcelona, Paidós.

GARDNER, Howard. 2005. *El buen trabajo*. Barcelona, Paidós.

GARDNER, Howard. 2005. *Las cinco mentes del futuro*. Barcelona, Paidós.